

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE MADRID

Más de media vida

El 20 de noviembre se cumplieron veinticinco años de la muerte del dictador gallego Franco. Tenía yo entonces veinticuatro de edad y ahora cuento cuarenta y nueve, así que por primera vez puedo decir –aunque por los pelos– que más de la mitad de mi vida ha transcurrido sin padecer su garra. Más suerte ha tenido en eso mi generación que las dos anteriores: esa liberación nos pilló aún jóvenes, cuando no teníamos del todo trazada nuestra existencia, a tiempo para enmendarla o arreglarla o encauzarla según nuestra voluntad y criterio. Para nuestros primos mayores, no digamos para nuestros padres y abuelos, fue demasiado tarde. Y resulta que hoy –parece todo tan cercano; y tan lejano– cualquier español con menos de un cuarto de siglo, incluso menor de treinta años, no tiene apenas idea de lo que fue la vida coti-

diana de todas esas generaciones con las que convive, incluida la de gente bien en activo y aún no muy anciana, como los dos solitarios –nacidos en el 51 ambos– que aquí ponemos careto, pitillo y tumbona un domingo tras otro.¹

Claro está que nos ahorramos la peor parte, el año 39 y la década entera de los cuarenta, cuando la furia era más furia y Franco y los suyos hacían limpieza de todo tipo fusilando a troche y moche tras juicios de pantomima o sin siquiera eso, y encarcelaban a mansalva sin necesidad de pruebas –bastaban las acusaciones–, y represaliaban a buena parte de la ciudadanía superviviente, prohibiendo ejercer sus profesiones a médicos, abogados, escritores, arquitectos, periodistas o comerciantes. Y otra parte de la población se dedicaba a denunciar al vecino, a menudo para ajustar cuentas personales, o también por miedo, delatar a alguien era hacer méritos ante las insaciables y vengativas

¹ Se refiere a Arturo Pérez-Reverte y a la publicación española en la que conviven.

autoridades; o para no ser delatado, todo era tan arbitrario que ese riesgo siempre existía para cualquiera, aunque fuese conservador y católico y no hubiera hecho daño a una mosca. (Lo he vivido en mi familia: al término de la Guerra mi padre fue derecho a la cárcel sin haber pagado ni un tiro durante la contienda, de lo cual se siente aliviado). Los vencedores se ensañaron con los vencidos, y quien lo niegue miente, y la cosa fue especialmente grave por innecesaria: aquellos vencidos lo estaban de veras, no levantaron cabeza durante casi cuarenta años, por mucho que hoy se mitifique en algunos foros la resistencia o lucha antifranquista.

No es fácil de imaginar, como tampoco la Guerra. Pero tampoco es imposible: piensen los más jóvenes en que la mitad de la gente que hoy está activa en España –los que escribimos, los que pintan o componen o cantan, los actores, los políticos, los magistrados, los médicos; pero también sus conocidos, la mitad de sus amigos o compañeros de trabajo– desapareciéramos de pronto por muerte, prisión, exilio, persecución, ostracismo o represalia. Gustemos o no, gusten o no, tendríamos un país amputado, demediado; y desalmado. E imaginen un nuevo régimen en el que, tras suprimir o castigar a los disidentes, se fuera luego contra “los tibios”, y luego contra “los sólo templados”. Los de mi edad nos ahorramos lo peor, aquello. Pero aún en los años sesenta, y hasta el 75, estaba casi todo prohibido. Nadie podía decir ni escribir públicamente lo que pensaba –¿se dan cuenta?–, y la pertenencia a un partido –clandestino por fuerza– suponía años de cárcel, como participar en una manifestación –ilegales todas– o lanzar unas octavillas. El catalán, el vascuence, el gallego, no existían más que en privado, y la policía detenía por la pinta que uno llevase. Las mujeres no podían trabajar ni viajar sin autorización del marido –¿se dan cuenta?–, y por supuesto no había elecciones ni prensa libres, ni nada de nada libre. Las únicas libertades eran las que de vez en cuando nos tomába-

mos los ciudadanos, siempre con considerables riesgos.

Hoy hace veinticinco años aún estábamos en eso, sin saber qué vendría tras la esperada y temida muerte. Por eso me subleva oír o leer a veces que en realidad nada ha cambiado, que esta democracia es la prolongación del franquismo con la cara lavada, o que el Estado sigue oprimiendo a los vascos. Qué sabrán los vascos más jóvenes de lo que es estar oprimido, muchos aprenden a oprimir tan sólo. Y mi denostada y “opresora” ciudad, Madrid, fue tan machacada como la que más, pues no sólo se instalaron aquí el dictador y sus sicarios y esbirros más fieles, sino que la capital había sido la última en rendírseles, aguantándoles sin doblar la rodilla más asedios y bombardeos. Así que Franco la castigó ejemplarmente, ya lo creo. Que no vengan ahora con gaitas ni con *xistus* falaces, quienes por fortuna ignoran lo que es estar oprimido. —

— JAVIER MARÍAS

UNAM

Reflexiones por el polvo de un extintor

Hoy en día términos como “diálogo” y “violencia” parecen no estar suficientemente diferenciados entre sí y, sin embargo, continuamente se hace referencia a ellos poniéndoles uno como antídoto de la otra o una como causa de la falta del otro. El hecho es que se han convertido en etiquetas cada vez más desposeídas de un nexo con la realidad. Se tilda de violento al que reclama pacíficamente por ser expulsado de su sede.

Hace unas semanas, el pasado lunes 23 de octubre, un grupo, pequeño, muy pequeño, se levantó temprano y decidió que era necesario tomar la Facultad de Filosofía y Letras, cerrarla con cadenas y muebles (de la misma Facultad) amontonados en sus puertas para “despertar la conciencia de los ciudadanos sometidos, sumisos y violentos”. Sí, la cita es textual. ¿Que le parece contradictoria? Señal de su pensamiento burgués.

El hecho, obviamente, alteró la vida (aunque sólo académica, y eso no parece ser demasiado grave) de cientos de estudiantes que permanecían a las puertas esperando algo, y, como reacción civilizada que no violenta, recogiendo firmas que todos poníamos (tal vez con la esperanza de que tuvieran un arcano poder taumatúrgico que controlara a los violentos). Sin embargo, ante hechos consumados como éste la utilidad de los documentos firmados parece ser nula, pues ante documentos llenos de firmas los tiempos se alargan, ante los hechos violentos no hay tiempos, todo se paraliza. Aunque por los acontecimientos de los últimos meses no lo parezca, hay que tener muy claro que el cierre de una Facultad o cualquier dependencia universitaria es algo violento: se violentan los derechos de las mayorías esgrimiendo el derecho de manifestación, y se ignora el Estado de derecho. Evidentemente hay algo que funciona mal cuando se cierran los ojos ante esas situaciones, pero no nos preocupemos, quienes ejercen la violencia tienen la respuesta: y es que ellos “no creen en la democracia de las mayorías”, y cito textualmente lo que aquel grupúsculo (incontrolado, dirían algunos después) dijo esa mañana en que no hubo clases.

Como el diálogo con los violentos es algo que se pide de oficio, a las rejas de la Facultad hubo que acudir, a explicar que lo que se hacía violentaba el derecho de los demás y que no era necesario para hacer uso de su derecho de manifestación, pero su argumento, mascullado, era que “sólo era por 24 horas” (lo cual suena extraño viniendo de quienes se quejan y protestan de que se han acortado los semestres) y tenía por objeto sacudir a la comunidad porque las aulas no deben servir para clases sino “para la acción” y para detener la avalancha del fascismo, y (con métodos fascistas) pedir la libertad de personas encarceladas. El problema se complicaba, pero en el intento del diálogo —separados por las rejas, claro— nos mantuvimos, y el diálogo (como fue habitual durante muchos meses) consistía

en escuchar sus proclamas y amenazas. Un argumento contundente para el diálogo fue traer más cadenas, porque las “necesidades del pueblo son más que la razón” (a saber lo que esto querrá decir) y amenazar que cualquier intento de abrir las rejas sería reprimido.

La insistencia, cuestionamiento y permanencia ante las rejas cerradas resultó suficiente a los menos para usar nuevamente de la violencia, ahora por medio del polvo químico de los extintores. Al recibirlo no entendimos que tal vez había que apagar el fuego de la palabra, esencia universitaria, pero naturalmente algo muy peligroso para aquellos que se escudan detrás de unas rejas cerradas con cadenas, camisetas enrolladas en la cara y proclamas esquemáticas. Ahora entiendo que evidentemente por querer usar la palabra recibí el polvo químico de un extintor: hay que castigar al que no acepta la violencia, ni el diálogo a través de las cadenas, y piensa que razón y democracia son valores que hay que mantener en la educación pública y no el populismo que rebaja la inteligencia.

Ante quien reclama inerte, la respuesta es la violencia, el ser tildado de mediocre por querer estudiar, y ser calificado, por utilizar como prenda de vestir un común saco o un pantalón de mezclilla, de burgués o colonizado.

Más tarde se constató algo, que el diálogo no es con cualquiera (ya lo sabemos, eso sería democrático), sino con quienes sí están avalados ideológicamente para establecer un diálogo privado y al interior. Gracias les damos por haberlos convencido para que abrieran de nuevo nuestras puertas, pero ello no excusa la violencia y la existencia de ésta no es más que un síntoma de descomposición de nuestra institución y de la debilidad del Estado de derecho.

Por la tarde, en la Facultad no quedaba memoria histórica de lo que había sucedido, a fin de cuentas no había pasado nada, simplemente una vez más se había ejercido la violencia contra el espíritu universitario y la función de la institución; pero ¿a quién le importa eso?

Desde luego no a quienes afirman públicamente que no creen en la democracia y la razón y luego pretenden ser considerados como universitarios. —

— AURELIO GONZÁLEZ

CRÓNICA

¿De quién es Europa?

No hace mucho participé en Helsinki en un encuentro acerca del futuro de Europa. O para ser más exactos, su propiedad: *Europa ¿de quién? (Whose Europe?)* Cuando recibí la invitación, les pregunté a los organizadores, de la universidad de Helsinki, si estaban seguros de a quién invitaban, pues de entrada yo nunca reconozco la propiedad de ningún sitio, ni siquiera la de quienes figuran como dueños oficiales, que suelen ser quienes allí nacieron. Como con paciencia escandinava y arrojo finlandés me dijeran que sí (es notorio que son un pueblo peculiar, históricamente empeñado en hacer las cosas a su modo), allí fui, pues, a decirlo: Europa de nadie.

Pese a que al encuentro habíamos sido convocadas personas sin más título que el de *pensadores independientes*, sí había, para empezar, una significativa dependencia: Historiadores, novelistas, sociólogos, cristianos, protestantes, judíos o musulmanes, hombres, mujeres u otros, los allí reunidos lo hacíamos en representación de los cuarenta países que más o menos intentan cohabitar hoy en el continente, si no más viejo de los conocidos, con toda probabilidad el más baqueteado.

Y esa fue una de las dificultades más sobresalientes de cinco días de debate, como es de imaginar, irresumibles: encontrar la lengua común en la que, a comienzos del siglo XXI, sigue siendo babélica Europa.

No hay que imaginar que andábamos con intérpretes y diccionarios: todos hablábamos en inglés, y la rusa, la berlinesa y el eslovaco, como si lo hubiesen inventado ellos. La dificultad, aunque cueste entenderlo, era precisamente esa: el inglés, un filósofo que

hablaba como un terrateniente expropiado, acertó a expresarlo al señalar que se sentía desnudo pues todo el mundo hablaba inglés y, además, tenía una lengua propia en la que *refugiarse*. Un lenguaje bélico e inquietante que se neutralizaba un tanto cuando dijo que el puerto es el símbolo de Europa.

Quizá. Pero allí los del sur, que es donde más puertos hay, apenas pintábamos gran cosa. Aunque sólo fuera por número, el peso de la reunión recaía sobre antiguos comunistas y representantes de los Balcanes, seriamente afectados, dijo uno de ellos, porque Europa tiene una “mentalidad de club” y no les permite *entrar*. Pero *entrar...* ¿dónde? Ya que ¿cómo se puede entrar en un sitio al que ya se pertenece?

Y al que no todos quieren entrar. Según el estonio, es discutible que su país quiera pertenecer realmente a Europa. A donde realmente le gustaría unirse es a Estados Unidos, un sentimiento compartido de forma explícita por más de un antiguo comunista —la sofisticada rusa llegó al extremismo radical de no querer bajo ningún concepto encontrar nada discutible en la estética de McDonald’s—, con lo cual sobre la reunión *planeó la sombra* (como dicen los cronistas) de una posibilidad que hasta el momento sólo se había contado en *La balsa de piedra*, una novela de Saramago: ¿Qué ocurriría si estos secesionistas llegaran al poder y una parte del centro de Europa se desprendiera como un iceberg recalentado y fuese navegando por el Atlántico hacia Estados Unidos?

Hubo más cosas, por supuesto, pero no muchas más ni muy distintas que las que surgirían en una reunión de africanos o americanos, esencialmente resumidas en la pregunta: *Qué somos*. O casi mejor: *quiénes somos...* *quiénes somos realmente* pues, aunque parezca mentira, en los albores del siglo XXI no sólo no está claro sino que la cosa se complica.

No estoy seguro de que esa hubiese sido la discusión en Asia, pues, como no se le escapa a nadie, Asia es, sigue siendo, enigmática y oscura. Por eso precisamente —y porque a los del sur

nos miraban como algo más bien pintoresco—, por eso yo opté por hablar de China.

En China —le conté en la sesión de clausura a un público exhausto—, en China tuvo hace dos años una experiencia que nadie debería perderse: la de ir, a ser posible solo, a un lugar en verdad alejado de donde uno ha nacido, y convivir un tiempo con gente realmente distinta, y que es la misma buena gente que hay en todas partes. Se termina por comprender —o por recordar— una idea sencilla y esencial para vivir, y que por un lamentable equívoco hemos extrañado en algún sitio: y es que el mundo nos pertenece. Somos de todo el mundo y por consiguiente el mundo, por mucho que se agiten los de las banderas, nunca es propiedad de nadie. Europa tampoco. —

— PEDRO SORELA

CARTA DE BARCELONA

La tarde elemental

Dice Ricardo Piglia que el último cuento de Borges —el que imaginamos el último cuento, tal vez por la perfección de su final— surgió de un sueño. Borges, a los ochenta años, vio a un hombre sin cara que en un cuarto de hotel de Michigan le ofrecía la memoria de Shakespeare. No le ofrecía la fama ni la gloria de Shakespeare —algo que habría sido trivial— sino la memoria del escritor.

Leer en *Formas breves* los comentarios de Piglia al último cuento de Borges me trajo imprevistamente el otro día el recuerdo de la última tarde que Borges pasó en Barcelona, hará de eso ya más de veinte años. Esa última tarde, un escritor malogrado, un amigo mío muerto hace ya más de veinte años, comparó inesperadamente a Borges con Shakespeare. Y aquella comparación me quedó grabada y a veces me pregunto si Paco Monge, mi amigo muerto, no llegó a intuir aquella tarde el cuento que años después escribiría Borges.

Aquella tarde. Tal vez no es hoy una tarde tan remota como a primera vista

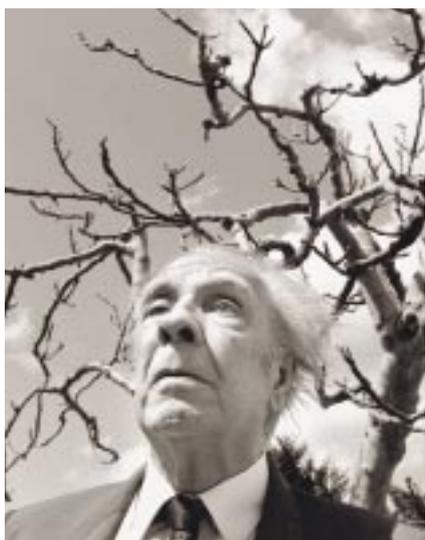


Foto: Ferdinando Scianna

La memoria del otro Jorge Luis Borges.

podría parecer. Me digo esto porque acabo de recordar de repente unos versos de Borges: “Las tardes que serán y las que han sido/ son una sola, inconcebiblemente [...] La tarde elemental ronda la casa./ La de ayer, la de hoy, la que no pasa”.

Un inciso necesario: Desde que leí el libro de Piglia concibo la historia de la literatura como una sucesión, en el tiempo y el espacio, de escritores habitados imprevisiblemente por los recuerdos personales de otros escritores. Vista así, la historia de la literatura sería una novela que nos contaría la historia secreta de una serie de escritores que recuerdan con una memoria extraña a la suya imágenes, textos y lecturas que vieron, escribieron o leyeron antes otros. Una corriente de aire mental de misteriosos recuerdos ajenos compondría un circuito abierto de memorias robadas: la verdadera historia de la literatura.

Vista así esa historia, no es extraño que lleve días secuestrado por el capítulo de *Formas breves* de Piglia dedicado al último cuento de Borges: ese cuento en el que un oscuro escritor, que ha dedicado su vida a la lectura y a la soledad, por medio de un artificio muy directo y sencillo (como los que Borges ha preferido siempre para construir un efecto fantástico), es habitado por los recuerdos personales de Shakespeare y

recuerda, por ejemplo, la tarde en que escribió el segundo acto de *Hamlet*.

Vuelvo a la tarde aquella del ayer que hace más de veinte años, la última tarde de Borges en Barcelona, y ese recuerdo de nuevo trae consigo, con una gran nitidez, el de un momento memorable que tuvo lugar en mi casa instantes antes de que mi amigo Paco Monge y yo la abandonáramos para ir al paraninfo de la Universidad de Barcelona a escuchar a Borges. “Bueno, vamos a escuchar a Borges”, dije esa tarde de forma distraída y tonta, sin sospechar que la frase quedaría congelada en el tiempo y no podría olvidarla ya nunca, porque Paco Monge la rescató de la banalidad al comentarme: “¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? Es como si hubieras dicho: Bueno, vamos a escuchar a Shakespeare”.

Muchas veces, cuando la tarde elemental ronda mi casa, he recordado aquel intuitivo comentario de mi amigo. Hasta la otra tarde lo había recordado siempre de la misma forma: admirando la lucidez de aquel comentario que supo convertir en trascendentes aquellos instantes previos a la oportunidad única que la vida nos ofrecía aquel día: la posibilidad extraordinaria de ver por primera y última vez a un escritor inmortal, algo que desde luego no pasa todas las tardes.

Pero la otra tarde ese recuerdo se volvió imprevisiblemente más complejo, amplio e inquietante cuando leí en *Formas breves*: “Recordar con una memoria extraña es una variante del tema del doble pero es también una metáfora perfecta de la experiencia literaria [...] Tal vez en el porvenir alguien, una mujer que aún no ha nacido, sueñe que recibe la memoria de Borges como Borges soñó que recibía la memoria de Shakespeare”.

Estas frases de Piglia y la asociación en las dos tardes distintas (y al mismo tiempo iguales) entre Borges y Shakespeare volvieron más turbador y profundo el comentario de Paco Monge en aquella tarde elemental, la de ayer, la de hoy, la que no pasa porque está ya pasando. ¿Qué está pasando ahí? Nada,

noto que empiezo a ser visitado por la memoria de un escritor malogrado, mi amigo muerto que, por lo visto, quiere que estas líneas terminen con un efecto fantástico de estilo borgiano. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

MEDIOS

Regino y Excélsior

El 20 de octubre el periodista espúreo por antonomasia, Regino Díaz Redondo, aparece en todos los medios: entre empujones, abandona la asamblea de los cooperativistas del diario *Excélsior*, farfullando, abismado ante el fin de su propia historia. Lo que me impresiona son sus ojos. Están muertos. Es el Pinochet mexicano que cae cuando se desmorona el apoyo que lo sostiene. No hay nada más obvio que lo que nos sorprende: al perder el PRI, la red de complicidades que movió e hizo hablar a Regino se desconectó y los ojos del títere se nos revelaron como muertos. Y entonces nos damos cuenta: *Excélsior* fue un cadáver durante 24 años.

La historia que lleva a la salida de Regino del periódico que usurpó en 1976 es tan obvia como picaresca: *Excélsior*, un diario, es rescatado por el Fobaproa como si se tratara de un banco. Con una deuda de 153 millones, logra reestructurar, con la intervención de la Secretaría de Hacienda, una quita de cuarenta millones (el Subcomité de Recuperación recomendó a Inverlat “no endurecer la posición por lo pronto, hasta tener definida la opinión de la SHCP”), y, durante tres años, va sorteando con base en relaciones políticas el embargo de los terrenos de Paseos de Taxqueña (los mismos que “justificaron” a los ojos de Jacobo Zabłudowsky el golpe a Julio Scherer en 1976), lotes en Tulyehualco, Tequesquitengo, Avenida Chapultepec, la bodega de Vallejo, el edificio de Bucareli y las rotativas. Pero, simultáneamente a la deuda, Regino es acusado de desvíos de fondos por 25 millones desde 1993: las cuentas del diario en Bancomer (514990-1) y

Comermex (214643-6) no se encuentran a nombre de “Excélsior Compañía Editorial Sociedad Cooperativa de Responsabilidad Limitada”, sino a los de Regino Díaz y Juventino Olivera, quienes se quedan con los intereses, a pesar de que sus sueldos nominales alcanzaban los 75 mil pesos mensuales.

Lo que asombra es la obviedad. A los favores recibidos, Regino responde con los ojos puestos en su benefactor más habitual: un mes antes de la elección presidencial, *Excélsior* publica la versión de los diputados del PRI de que hay fondos “externos” en la campaña de Vicente Fox y, tras las elecciones en las que el PRI pierde, Regino publica un editorial más allá de lo vergonzoso:

Excélsior reconoce que su política editorial durante los meses de campaña fue labastidista. Estuvimos convencidos de que era la mejor opción para que se ejecutaran cambios radicales y salir adelante. Nosotros no tenemos grupos de poder económico atrás para sustentar nuestra línea de conducta. Muchos medios sí. Hemos sido siempre y lo seremos el centro de la atención y del ataque artero de los que desde hace un cuarto de siglo han sido nuestros enemigos gratuitos, de los frustrados que salieron del periódico por una decisión mayoritaria de los cooperativistas, de los que llenos de rencores y frustraciones no pierden oportunidad para atacar con deducciones especulativas y deshonestas, con envidia y con anónimos.

Regino presintió una amenaza personal en la derrota del PRI. En la última edición dirigida por él, publicó un desplegado que comenzaba: “La desaparición de *Excélsior* está programada para hoy”. Pero, como siempre, miró mal las cosas. Era su dirección la que estaba en juego. Al mediodía del viernes 20 de octubre, los repartidores, a quienes desde 1995 se les había prohibido llevarse un solo periódico a su casa, abrieron las puertas de *Excélsior* para que los demás medios filmaran la propuesta de Regino de poner

a la venta el periódico. Tres horas después, Regino presidía la asamblea de un periódico al que llamó S.C.R.L., en vez de S.C.L. Comenzó la protesta. Regino dijo que el cambio era por mandato de la Cámara de Diputados, pero los cooperativistas argumentaron que, de acuerdo con el Registro Público de la Propiedad, los directivos del periódico habían registrado la nueva cooperativa con una asamblea extraordinaria que no tuvo lugar. Así comenzó la caída. Patricia Guevara fue electa presidenta de la mesa de debates en vez de Regino, quien escapó argumentando que la asamblea era ilegal. En ausencia fue destituido. Subió a su elevador y bajó hasta su Lincoln gris. Nadie lo ha visto desde entonces.

■
Era 1956 cuando Francisco Cerda, quien fundó con Barba Jacob *El Porvenir* de Monterrey, recibió a un muchacho de veinte años llamado Regino. En el Monterrey de la época nadie que no estuviera recomendado conseguía un empleo. “A uno le preguntaban todo, investigaban todo, desde filiación religiosa, sindical y hasta a qué asociación o grupo pertenecía uno”, escribe Cerda. Cuando el periodista le preguntó a Regino por sus recomendaciones, éste respondió: “Las que usted quiera”. Así obtuvo su primer empleo. Al mes, Regino era corresponsal en los municipios de la frontera. Dos años después, Rodrigo de Llano, entonces director de *Excélsior*, viajó a su tierra de origen, Monterrey, y visitó a su amigo Rogelio Cantú, dueño de *El Porvenir*. Un corresponsal se hizo presente en la antesala fingiendo un encuentro casual: Regino enganchó su siguiente trabajo. Veinte años después de iniciarse en el diario, fue el instrumento de un golpe planeado desde la presidencia de Luis Echeverría en 1976 y desde las reuniones en 1972 de los empresarios de la cerveza, los bancos y tiendas departamentales:



Regino y *Excélsior*, periodismo espúreo.

Foto: Octavio Gómez/Proceso

En días pasados, los altos directivos de esas empresas se reunieron para deliberar qué actitud debían asumir respecto de la publicidad que venían pagándole a *Excélsior*. Después de una prolongada sesión en la que se expresaron distintas opiniones, se atendió la de un prominente banquero (Espinosa Yglesias) que había sido invitado y que manifestó que todas estas empresas debían de anunciarse en los demás diarios y en la televisión, pero nunca en *Excélsior*, porque *Excélsior* está dedicado a atacar el sistema de libre empresa y a defender de manera abierta a los sistemas socialistas.

De esa historia lo que queda es la calle Regino Díaz Redondo, antes Retorno 39, en la Jardín Balbuena. Un regalo que los diputados del PRI le hicieron a sus electores en junio de 1997. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

LITERATURA

Gao Xingjian, *Nobel a la lengua china*

El Premio Nobel a Gao Xingjian ciertamente fue sorpresivo: muchos de quienes esperábamos que la lengua china fuera galardonada teníamos en mente al gran poeta Bei Dao. Sin embargo, tanto la obra narrativa como la teatral de Gao tienen la originalidad y universalidad que la hacen de sobra merecedora del premio. Mi primer contacto con la obra de Gao Xingjian fue por medio de una excelen-

te traducción al español, aún inédita, de su obra de teatro *Parada de autobús*, hecha en Beijing por Jorge Svarzman en 1986 y discutida en el seminario de traducción de la profesora Flora Botton en El Colegio de México. Impresionado por el lenguaje coloquial beijinés de la obra, Svarzman trasladaba los hechos de un suburbio de Beijing a uno de Buenos Aires, en un intento por mantener en la traducción el efecto que la representación de la obra había causado en la lengua original. En ese momento había un gran entusiasmo en los círculos literarios de China por las innovaciones formales del teatro de Gao.

Gao Xingjian nació el 4 de enero de 1940 en Ganzhou, provincia de Jiangxi. En 1962 se graduó en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing en francés. En el transcurso de su vida en China, Gao vivió los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea de su país: la invasión japonesa, la guerra, el entusiasmo socialista, la represión a los intelectuales y artistas, los experimentos radicales de las comunas, la revolución cultural, las reformas del liberalismo económico. Se dio a conocer como escritor en 1980, lo que coincidió con los inicios de las reformas liberales y el relajamiento de algunos controles del Estado, cuando después del IV Congreso de Escritores y Artistas, en octubre de 1979, el ambiente intelectual del país comenzó a bullir con el ímpetu de una creatividad durante largo tiempo acallada. Sin embargo, la élite política en control del Estado mantuvo su actitud vigilante hacia las influencias intelectuales que caprichosamente consideraban perniciosas. Así, en 1981 inició una campaña contra la liberalización burguesa en la que fueron criticados varios escritores. En junio de 1981 Gao empezó a trabajar como escritor para el Teatro de las Artes del Pueblo de Beijing. A fines de ese año se publicó su trabajo “Estudio preliminar sobre el arte de la ficción moderna”, que abrió un gran debate sobre el modernismo en la literatura y atrajo la atención del gobierno, lo que resultó en una ola de críticas a las referencias

“extranjeras” —como el existencialismo, el absurdo, el individualismo, etc.— que el escritor hace en dicha obra.

La primera de sus obras puesta en escena fue *Señal de alarma*, en octubre de 1982. El protagonista de la obra es un ladrón cuya novia y un viejo obrero le hacen ver sus errores; la escena transcurre en el carramato de custodia de un viejo tren de vapor. Esta obra marcó un hito en el teatro chino contemporáneo: por primera vez se experimentaba con la ruptura de los patrones textuales y formales de lo que había sido el teatro institucional y fue muy bien acogida por el público. La segunda puesta en escena de una obra de Gao fue la de *Parada de autobús*, en junio de 1983. La obra fue suspendida después de diez funciones. En ella se conjugan muchos elementos. Nos remite a *Esperando a Godot* de Beckett; utiliza, como lo había hecho Lao She en “La casa de té”, el lenguaje coloquial de Beijing y recupera en el personaje del Hombre Silencioso al protagonista de “El transeúnte” de Lu Xun.

Gao retrata en esta obra la resignación pasiva, la indecisión y la superficialidad de la sociedad beijinesa. En octubre del mismo año Deng Xiaoping hizo un llamado a la lucha contra la “contaminación espiritual”, campaña catalogada como la más grande hasta ese momento después de la revolución cultural. Poco después, a Gao le diagnosticaron erróneamente un cáncer de pulmón, enfermedad de la que había muerto su padre dos años antes, y mientras se aclaraba el diagnóstico se fue algunas semanas a Nanjing con su hermano. En medio de su enfrentamiento con la muerte y los rumores de que sería enviado por el gobierno a la lejana provincia de Qinghai, Gao emprendió un largo viaje por el sur del país. De regreso a Beijing publicó varios cuentos y en octubre de 1984 escribió su obra *Hombre salvaje*, cuya representación, demorada por la campaña contra la contaminación espiritual, se hizo en mayo de 1985. En esta obra, con claro acento autobiográfico, Gao retrata a un intelectual de edad mediana que vive la ruptura de su matrimonio, el caos político y la desidia

del gobierno local urbano. La obra fue poco después prohibida.

A fines de 1985 Gao aceptó una invitación a Berlín y de allí realizó dos viajes a Francia. Regresó a Beijing a principios de 1986 y escribió *La otra orilla*, que fue censurada. Esta es una obra formalmente más audaz que las anteriores, que incursiona de manera contundente en el teatro total.

En 1987 se desató una nueva campaña contra el “liberalismo burgués”. En el mismo año Gao salió de China invitado por Alemania, donde permaneció un tiempo para después establecerse definitivamente en Francia. Lejos de los barullos políticos, Gao ha continuado su trabajo creativo. En 1990 publicó en Taiwan su novela *La montaña del alma*, que comenzó en 1982, considerada como su obra más importante. Después de los acontecimientos violentos de junio de 1989 en Tiananmen, Gao renunció al Partido Comunista y escribió *Los fugitivos*, obra centrada en las angustias existenciales de tres personajes que se resguardan de la violencia en un almacén abandonado. Desde ese momento sus obras no han sido puestas en escena de manera directa en China y el Premio Nobel le ha valido la prohibición explícita de su obra. —

— ROMER ALEJANDRO CORNEJO

CINE

Los muertos vivos

¿Hay vida para el cine mexicano después de *Amores perros*? En relación con el público, sólo con enormes esfuerzos, como se advierte en los estrenos de los meses consecuentes: han pasado por la cartelera todo tipo de empeños, desde el registro poético de las voces perdidas (*Del olvido al no me acuerdo* de Juan Carlos Rulfo) al frenético proceso adolescente de ajustar cuentas con el porvenir adulto (*Por la libre* de Juan Carlos de Llaca), la comedia de crítica política de corte tradicional (*En el país de no pasa nada* de Mari Carmen de Lara) o el melodrama de reflexión sobre cuarenta años de destierro físico e ideológico (*En*

el *claroscuro de la luna* de Sergio Olhovich), sin que quede mucha huella de sus méritos o defectos. Pareciera que el cine mexicano, o su público local, sólo esperan la otra obra límite, la que apueste todo a la repulsión, al salto al vacío, a la rebelión circular, la que cale en llagas más purulentas que las de la cinta de González Iñárritu; una obra como *Crónica de un desayuno*, de Benjamín Cann, que provocó desfiles de espectadores asqueados en su presentación en la Muestra Internacional de Cine de primavera, que fue después una papa caliente en manos de su promotor y distribuidor original, el ineficaz Imcine, y que llamó la atención de la transnacional Columbia Pictures para llegar a la cartelera comercial, quizá con la esperanza de atraer al público azotado y desgarrado de *Amores perros* desde la frase publicitaria “Para romperte la madre nadie como tu familia”.

La jugada funcionó en principio, pero no al final: el público asistió con desconfianza y salió aterrado. Es claro que esa era la intención básica del director teatral y televisivo Cann en su tercer largometraje (y primero que alcanza al público masivo) y lo declara desde la primera secuencia, donde un ínfimo empleado de estancillo (Odiseo Bichir) castra al travesti (Eduardo Palomo) con quien ha querido tener un torpe acostón. A partir de allí, todo es desventura acumulada: en un departamento de la Narvarte, una familia absolutamente disfuncional se empeña en no hacer nada; Marcos (Bruno Bichir) lamenta desde su sofá la patiza que le acomodó un frágil rival de amores (Roberto Sosa); como Linus con su frazada, Marcos va con su sofá a todas partes, sea al baño o a la cancha de basquet; su hermanito Teo (Miguel Santana, refrendando la maldición de los niños actores en el cine mexicano) se retuerce en palabrerías necias (“¡Marcos, el radiooooo! ¡El radio amarilloooo!” es su línea típica), sobreactúa cada reacción, parodia a su madre (Ma-

ría Rojo), burócrata imprecisa que gira en torno al eventual regreso del esposo fofo e indiferente (José Alonso), que vuelve tras años de abandono; la hija Blanca (Fabiana Perzabal) se va del departamento, pero quizá no, pues el taxi que pidió no tiene para cuándo llegar ni, cuando lo hace, para cuándo irse.

Estamos ante una familia en suspenso, al filo de cualquier decisión: la idea, que funcionaba como teatro en su versión original de Jesús González Dávila, tiene mil posibilidades aún en su paso al cine y Cann recurre a todas, buenas, excelentes y suicidas, sin medir consecuencias. Mala buena idea 1: Que tu productor sea un excelente actor, Bruno Bichir, que se asigna el papel más lucido. Bichir simplemente no se deja dirigir, se engolosina en sus hallazgos (un niño que jumbroso de lamentos infinitos. Frase prototipo: “¡Nomequiten laguaaaa! ¡Chingá, nomequiten laguaaaa!”; cualquier semejanza con las de Teo sólo indica que algo apesta en el guión) y termina permitiendo que la película sea, en términos de actuación, “Cada loco con su tema”. Mala buena idea 2: Que además te produzcan Epigmenio Ibarra y Mattias Ehrenberg, las



Zoon dramaticón.

potencias detrás del taquillazo que fue *Sexo, pudor y lágrimas*. Pero son otra cosa: como evidencia la película de Antonio Serrano y las telenovelas amparadas por Ibarra, se vende psicopatología particular como cuadro social (“Así son las mujeres, así son los hombres”) y psicodrama como argumento (“Bienvenidos a la película de parejas inadaptadas de hoy: tenemos en la mesa al megalóma-

no con tendencias suicidas, a la madurona repudiada por sus hijos por babosa, a la hija drogadicta por nunca haberse bajado de su BMW, al travesti enamorado del *junior executive* que...”). Su huella en *Crónica de un desayuno* es la de un virus que contamina la fluidez de los personajes y de una situación que, para colmo, tiene su apuesta mayor en la inmovilidad. Mala buena idea 3: Basar el juego dramático en una idea tentadora, provocadora, pero que requiere más de lo que Cann puede manejar. La familia está paralizada en una no-dinámica en que nada se cumple, en que todo se pospone. En *Los indolentes* (1977, José Estrada), una familia porfiriana vivía en el sopor de esperar, en pleno avilacamachismo, a que volviera el antiguo régimen. Aquí se espera, simplemente, que acabe el día o alguien pueda salir de ese departamento sala-de-*El ángel exterminador*. Pero Cann vende demasiado pronto su astucia narrativa: a la media hora de película ya se agotó la sorpresa del recurso sin que se renueve. La película misma termina dominada por su tema y deja de avanzar.

¿Qué sostiene a una película que se vuelve previsible tan pronto, que vende su acumulación de desdichas con tanta facilidad que uno adivina que la vecina (Angélica Aragón) que cuida palomas y cuya pareja se las descuarta se lanzará al vacío porque desde el principio está en lo alto de una torre y, además, es Angélica Aragón, la nueva mártir del santoral feminista? Precisamente el frenesí de Cann, que no deja de poner en escena ocurrencias, muchas de las cuales le llevan a metas notables: reunir a María Rojo y a José Alonso como la pareja opuesta a la de *La tarea*; y la bendición de dejar a Alonso dormido la mayor parte de la película y a Rojo haciéndose cargo de los mejores momentos, ya son gestos de sabiduría. La secuencia del trompetista asomando por la ventana como un ángel, tocando “Un poco más” mientras Rojo estalla en distintos grados de histeria, queda para una futura antología de lo mejor del cine mexicano de la última década. La vida que le queda a éste después de *Amores perros*

empieza a mostrar brotes de plantas carnívoras y, quizá, caníbales, pero, por fortuna, nada está escrito aún. —

— GUSTAVO GARCÍA

HISTORIA

El mundo de Carlos V

A l mismo tiempo que Colón finalizaba su cuarta y última expedición a América, El Bosco decidió retratar un Nuevo Mundo fantástico plagado de exotismos en *El jardín de las delicias*, pero sin olvidar, aunque en difícil alegoría, la *devotio moderna*, explicada por Kempis en la *Imitación de Cristo*, y mucho menos el humanismo cristiano renacentista que inspiró la poesía moralizante de *La nave de los locos* de Sebastian Brant y luego *El elogio de la locura* de Erasmo. Poco más de una década después, otro hombre, también de la región de Flandes, llegó al trono de Castilla y Aragón (1517) y del Sacro Imperio Romano Germánico (1519), no sólo a imaginar sino principalmente a gobernar un imperio que se extendía por dos continentes, en el Viejo y el Nuevo Mundo: Carlos I de España y V de Alemania.

Nacido en Gante como Carlos de Habsburgo, el 24 de febrero de 1500, desde tierna edad se vio rodeado de un grupo de destacados preceptores, como Adriano de Utrecht (el futuro Papa Adriano VI), y el gran canciller flamenco Jean le Sauvage o Selvagio. Sauvage fue el responsable también de que el futuro Carlos V tuviera como preceptor al más grande humanista del siglo XVI, Erasmo de Rotterdam, quien dedicó en 1515 al joven príncipe la *Institutio principis christiani*.

A Sauvage, muerto prematuramente en 1518, le sucedió Mercurino de Gattinara, a quien Chabod atribuye la paternidad de la idea imperial de Carlos V, inspirada en el tratado *De Monarchia* de Dante, con el cual intentó convencerlo de no conformarse con la conservación de los reinos y dominios hereditarios, sino tratar de conquistar otros más. Pero Menéndez Pidal y Abellán consi-

deran el ideal imperial de Carlos V más cercano a la unidad espiritual del cristianismo, pues el emperador no pretendía ser el *dominus mundi*, sino el rey de la *universitas christiana*. Asumiendo este último papel, intentó fallidamente, y no sin acudir a la fuerza, desaparecer la Reforma protestante. Por otro lado, combatió la amenaza de los turcos en el mar Mediterráneo y algunas regiones europeas, y envió una expedición militar al norte de África para reconquistar Túnez en 1535.

Sin embargo, los consejos de Gattinara bien pudieron dar impulso a las campañas cesaristas por la hegemonía en la Europa occidental, particularmente en contra de Francisco I, rey de Francia. En 1527, Carlos V envió a sus tropas contra el Papa Clemente VII, para consumar el tristemente célebre *Sacco di Roma*.

El gobierno de Carlos V en España, luego de un inicio difícil, se tornó ante sus gobernados en genuinamente español entre 1522 y 1529, cuando el monarca nombró asesores entre los grandes del reino y contrajo nupcias con su prima hermana, Isabel de Portugal, nieta de los Reyes Católicos, quien fungió como regente del reino en las continuas ausencias de su esposo.

Pero en las Indias occidentales la idea imperial que Carlos V proyectó fue muy diferente de la seguida en Europa. Para ello contó con una conciencia de varias voces que solicitaban correctivos para su gobierno o denunciaban el maltrato de los indios, como Las Casas desde América, o sus asesores en el Consejo de Indias.

La administración española en el Nuevo Mundo fue madurada por Carlos V, apoyándose en la ficción jurídica de los dos reinos: el de los españoles y el de los aborígenes. El rey de España era el monarca de los indios, a quienes gobernaba según sus leyes autóctonas, siempre y cuando éstas no se opusieran al derecho natural, utilizando la jerarquía indígena de los caciques. Por ello los naturales aceptaban pagar un tributo al rey en señal de sujeción. En un deseo afirmado de protección de los más



Tiziano, Carlos V y su perro, Museo del Prado.

débiles (los indios), se mantuvo legalmente una separación estricta entre las dos sociedades.

Bajo el reinado de Carlos V, además de realizarse la primera circunnavegación al globo terráqueo (Magallanes-Elcano, 1519-22), fueron conquistados los dos reinos más ricos y poderosos en América: México (1521) y Perú (1532). Pueden señalarse, a manera de momentos capitales de la legislación reguladora de la Conquista, las instrucciones dadas a Hernán Cortés en 1523, con el mandato de dilatar los ataques contra los indios cuanto fuera posible; la adjunción de dos religiosos a todas las expediciones, y la prohibición del trabajo forzado en las minas de los indios libres (1526); la supresión de los esclavos de rescate y de guerra, principal incentivo de la violencia de los conquistadores (1530-34, definitivamente en 1542); así como la radicación del derecho de autorizar las nuevas conquistas en el Consejo de Indias, de acuerdo con las *Leyes Nuevas* (1543), que trataron además de corregir los vicios del régimen de las encomiendas.

Luego de una inconclusa campaña

militar contra Francia, Carlos V decidió abdicar en favor de su hijo Felipe II (1556). Mientras tanto, se dirigió al monasterio de Yuste para pasar en él sus últimos años.

Aunque Erasmo de Rotterdam abandonó la corte de Carlos V al trasladarse a España, uno de los legados culturales más importantes del emperador fue el erasmismo español y sus ulteriores manifestaciones. La estela de Erasmo, como la denomina Bataillon, en la literatura devocional, pero particularmente en la literatura profana de la época, aparece en la crítica a los libros de caballerías, en obras como el *Crotalón* y el *Lazarillo de Tormes*, y en autores tan diversos como Vives, Fernández de Oviedo, Juan Maldonado y Cristóbal de Villalón, hallándose sus últimos reflejos, varias décadas después, en *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de León, e incluso en Cervantes y Quevedo.

Continuando con la tradición heredada por los Reyes Católicos, la casa de Austria impulsó el clasicismo de inspiración italiana en el arte español, e introdujo la pintura devocional flamenca, formando así una de las colecciones de pintura europea más ricas de los siglos XVI y XVII.

La muestra *El Mundo de Carlos V: De la España Medieval al Siglo de Oro*, que se exhibe en el Antiguo Colegio de San Ildefonso desde el 4 de noviembre, es un homenaje a la dinastía de los Austria en el trono español (1517-1700), aunque concentrada en el primero de los gobernantes de esta casa reinante. Las 193 piezas que la integran, de los siglos XIII al XVIII, pretenden mostrar, en palabras de su curador, el doctor Isidro Bango, el tránsito de la Edad Media al Renacimiento y el mundo moderno. —

— MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ DELGADO

AJEDREZ

¿De ogro a fantasma?

El sonoro fracaso del *Ogro de Bakú*, Garry Kasparov (1963), en su intento de refrendar el título de campeón mundial de la Asociación

Profesional de Ajedrez (PCA) —organismo que él mismo fundó, tras su polémica renuncia a la Federación Internacional de Ajedrez (Fide)—, ante su ex alumno Vladimir Kramnik (1975), ha causado desconcierto y revuelo en el mundo de este juego de juegos (juego de los reyes y, para muchos de nosotros, rey de los juegos). Causó también, no me cabe la menor duda, el regocijo sin límites de su acérrimo rival de siempre, fuera y dentro del tablero, Anatoly Karpov (1951), campeón de la Fide. En quince partidas —trece tablas y dos victorias indiscutibles de Kramnik—, Kasparov mostró poco más que inercia, conformismo, cansancio, impotencia, en contraste abierto con la solidez teórica, la imaginación estratégica, la seguridad psicológica, la brillantez técnica de Kramnik, quien ya había derrotado a su maestro varias veces en torneos magistrales. En una de esas ocasiones, hace años, Kramnik, conocedor del *Ogro de Bakú* por dentro como pocos, declaró que, en su opinión, el juego de Kasparov se había visto muy afectado por su divorcio. Ahora, *postmortem*, Kasparov trató de justificar su fracaso con el argumento extradeportivo de encontrarse enfascado en otro *match*: el pleito legal por la custodia de su hija. Ciertamente es riesgoso jugar simultáneas ante un retador y ante los tribunales, pero eso debió calcularlo Kasparov a tiempo. La desidia decepcionante de su juego, superada apenas en unas cuantas partidas, como la decimocuarta, llevó a algunos suspicaces a plantear la hipótesis de que el *match* estaba amañado, que el maestro prefería ceder el cetro y la corona a su ex discípulo. Pero eso implica una valoración injusta de la honestidad y el talento de Kramnik, tanto como de la fuerza de carácter, el espíritu de victoria y el amor al ajedrez que siempre han caracterizado a Kasparov. Sin embargo, su conducta ajedrecística y deportiva no deja de ser cuestionable, reproducible incluso. Aparte de su gris actuación, cometió la arbitrariedad de cerrar las puertas a Alexei Shirov (1972), heredero de las complicaciones

posicionales y la imaginación combinatoria de Tahl, y retador por derecho propio al título, con el extraño argumento de que un *match* contra él carecería de espectacularidad. No es aventurado suponer que, en las actuales circunstancias, mucho más espectacular que el *match* Kasparov-Kramnik habría sido un *match* Kramnik-Shirov. Al descartar así a Shirov y elegir a Kramnik, Kasparov recordó la nefasta actitud de Alekhine, quien después de destronar a Capablanca se negó sistemáticamente a darle la revancha y sólo expuso la corona ante maestros inferiores a ellos dos, como Bogoljubov y Euwe.

Crítico de la Fide como Fischer, Kasparov hace retroceder paradójicamente los estatutos de la PCA a esa época monárquica e infantil en que el título de campeón mundial de ajedrez era una propiedad y el propietario decidía quién entraba en su reino para jugar contra él, bajo condiciones de juego caprichosas e imperialmente dictadas de antemano. En su pecado, Kasparov ha llevado la penitencia. Tras su derrota declaró que lo único que le importa es recuperar el título lo antes posible. Por supuesto, ni siquiera consideró la posibilidad de que Kramnik lo descarte como retador, con el argumento de que un nuevo *match* contra él puede ser tan poco espectacular como el que acabamos de presenciar.

Ojalá que, además de prepararse adecuadamente para desplegar el juego deslumbrante al que nos tiene acostumbrados —sólo comparable al de los verdaderos titanes del tablero: Morphy, Lasker, Capablanca, Alekhine, Fischer, Karpov—, Kasparov encuentre en esta hora crítica la serenidad necesaria para la recapacitación autocrítica. Por su *rating* se mantiene como el número uno del mundo. Pero es triste que el número uno del mundo ponga la corona por encima de la humildad y la moral en un juego que, entre otras cosas, nos ofrece esas preciosas lecciones. Kasparov tocó fatalmente una pieza contra Judith Polgar y no la movió; perdió una partida contra Karpov y al abandonar furioso el salón derribó a un reportero; perdió un

match contra el monstruo cibernético Deep Blue y volvió a enfurecerse, etcétera. En uno de sus libros ejemplares, escribió Kasparov: “Por su carácter multifacético amo todavía más el ajedrez. Precisamente con la belleza, con el brillo de sus golpes tácticos, el ajedrez me fascinó desde la temprana infancia. Pero llegó el momento de competir con otros, de participar en torneos: fue mi inicio en la senda del deporte ajedrecístico. Hoy como antes me gusta jugar partidas bellas, pero no me es indiferente qué puesto ocuparé en la tabla. Quiero vencer, derrotar a todos, pero estoy obligado a hacerlo con esplendor y en una lucha deportiva honesta”. Que así sea. Esperemos que tampoco eche en saco roto la frase de Capablanca: “En general, se aprende más de los juegos que se pierden que de los juegos que se ganan”. Frase que, acaso, vale también como norma para la vida misma. —

— LUIS IGNACIO HELGUERA

MUNDO EDITORIAL

ERA: cuarenta años

El de las editoriales ha sido uno de los campos de la vida y la cultura mexicanas más enriquecidos por el exilio español. Luego de las primeras experiencias, y especialmente de su fecunda tarea en el Fondo de Cultura Económica, los republicanos abrieron las vertientes de su influjo. La década decisiva: los años sesenta. Entonces Joaquín Díez-Canedo funda Joaquín Mortiz. En la colonia Del Valle el argentino Arnaldo Orfila establece Siglo XXI Editores, empresa que fue engrandecida por el trabajo de personajes como Juan Almela. En aquellos años —hace cuarenta ya—, y después de la experiencia de Tomás Espresate en la librería Madero y de la fundación de la por largo tiempo incomparable Imprenta Madero, Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín —los tres nacidos en España— dan las primeras letras de sus apellidos a una nueva

casa: Ediciones ERA.

ERA sería desde el comienzo una editorial de izquierda, totalmente de acuerdo con los vientos que soplaban desde la fría Cortina de Hierro hasta el Caribe caluroso. Muy pronto comienzan los triunfos en la nueva trinchera editorial. Siempre dentro de su perspectiva, en ERA están completamente dispuestos a discutir y desde luego a menear, a agitar la placidez de la buena conciencia mexicana. Están listos a poner en el tablero fichas auténticamente nuevas, que revelen, que echen luz, que desmientan todo tránsito rutinario.

Del general Vicente Rojo publican una historia de las brigadas internacionales en la Guerra Civil; Pablo González Casanova, Carlos Fuentes y Enrique González Pedrero, entre otros intelectuales universitarios, ayudan al estadounidense C. Wright Mills en la formación de un libro antológico y académico de textos marxistas clásicos y novedosos; Isaac Deutchster mira críticamente las desarmadas profecías de Trotski y la vida política de Stalin. Aparecerán después los Cuadernos de Gramsci. Comienzan a circular en nuestro medio obras de Lukács y Karol, al tiempo en que otro refugiado, Adolfo Sánchez Vázquez, expone las aproximaciones de Marx a la estética. La realidad mexicana pasa también a examen, especialmente en las obras clásicas de González Casanova (*La democracia en México*), de Gastón García Cantú (acerca de las *Utopías mexicanas*) y de Fernando Benítez (las contenidas por los tomos de *Los indios de México*).

No era que la historia hubiese terminado sino que estaba detenida, al menos embotellada. Había que reabrir la circulación, mostrar vías opcionales, agilizar el tránsito. En ERA se rescatan ensayos fundacionales de Jorge Portilla, los poemas de largo aliento y lujosa modernidad de José Carlos Becerra, y se desvelan los días y las noches del 68 mexicano en los libros de ecos sin fin de Luis González de Alba y Elena Poniatowska. Octavio Paz traduce a William Carlos Williams e interpreta las

visiones de Marcel Duchamp, al tiempo en que parte de su obra es revisada críticamente por Jorge Aguilar Mora. Carlos Fuentes lanza los enigmas de su bella *Aura*. Juan García Ponce evoca *El nombre olvidado* y distiende las eternidades de *La noche*. José Emilio Pacheco empieza a publicar su obra entera desde los presentes relatos de *El viento distante*. Juan Vicente Melo deslumbra con *La obediencia nocturna*. Salvador Elizondo comienza a desplegar sus cifras en *Narda o el verano*. Carlos Monsiváis traza las sordas sonrisas de sus *Días de guardar*. Juan Manuel Torres ilumina más su destino roto en *Didascalías*. Tito Monterroso pone a cavilar a Eduardo Torres e interroga y responde con *La letra E*. Se concentra, de modo impresionante, todo Revueltas. Se enfila la fiesta completa del viajante Sergio Pitol. Raúl Ortiz pone delante *Bajo el volcán*, y Lowry entero aparecerá después.

En sigilo, con la sobria elegancia dada por las manos de Vicente Rojo, ERA va llenando de jugosas novedades la cultura mexicana. Bajo su sello aparece el prodigioso *Paradiso* de Lezama Lima, comparecen *El coronel* de García Márquez y *Lima la horrible* de Salazar Bondy. Aimé Césaire, Evtushenko, Ueda Akinani, Kôbô Abe, Brandys confirman la contemporaneidad de todos en el mundo. En ERA también hay lugar para los cinéfilos, quienes pueden leer obras de Bergman, Antonioni, Truffaut, y los numerosos seguidores del cine nacional vieron surgir para atesorar los formidables tomos de su historia debidos a Emilio García Riera. Más recientemente David Huerta, poeta en su madurez espléndida, da a conocer su *Incurable*, Coral Bracho reafirma sus sorpresas en *La voluntad del ámbar* y el narrador Héctor Manjarrez publica un libro de conmovedora intensidad: *No todos los hombres son románticos*. Más jóvenes, Ana García Bergua y Eduardo Antonio Parra —autor de una inquietante clave de nuestra actualidad literaria: *Tierra de nadie*— ganan su sitio junto a otros en esta vigorosa empresa ya cuarentona. —

— JUAN JOSÉ REYES